

JESÚS MANUEL SUBERO

**MONUMENTOS
HISTÓRICOS
DE PAMPATAR**



ISLA DE MARGARITA, 2009

Título:

Monumentos Históricos de Pampatar

Autor:

Jesús Manuel Subero

Transcripción:

Iván Gómez León

Edición:

2009

Foto de portada:

Fachada de la Casa Natal
(Casa Nueva, hoy Casa de la Cultura)
del Prócer Manuel Plácido Maneiro.

Fotógrafo: Lorimer Rojas.

Ilustración contraportada:

Dibujo del artista plástico Juan García

Diseño y diagramación:

Eduardo J. Molina E.
eduardomolina9@gmail.com

Impresión:

Editorial Pontevedra, C.A. Porlamar.

MOTIVACIÓN

Pampatar, cuna heroica de grandes acontecimientos navales de perpetuo recuerdo en el ideario cotidiano de nuestra Armada Bolivariana que conjuga pasado, presente y futuro para cumplir fiel y exitosamente la misión encomendada a la Fuerza Armada Bolivariana.

Su suelo y su mar han sido escenarios permanentes desde la creación de las Fuerzas Sutilas, origen precursor del Componente Naval que «a la Patria ha dado glorias y en cada gloria un honor.»

Al cumplirse el 17° aniversario de nuestro nuevo arribo a este Socaire Margariteño, he considerado motivación fundamental la reedición de la obra **Monumentos Históricos de Pampatar (1987)**, de Jesús Manuel Subero, insigne hijo de esta ciudad portuaria y «Maestro Generacional de Nueva Esparta».

Agradezco la grata colaboración del fraterno amigo Iván Gómez León, delegado de La Casa de La Diversidad Cultural del Estado Nueva Esparta, al hacer posible tan loable empeño, dando a conocer nuestras aspiraciones.

Jesús Herrera Duque.

Capitán de Navío.

Pampatar, julio de 2009.

INTRODUCCIÓN

Pampatar se cuenta entre los pueblos más antiguos de Venezuela, aún cuando no hayamos podido determinar la fecha exacta de su fundación. En las fuentes documentales de la época colonial lo encontramos citado indistintamente con los nombres de Mompatare, Mompata, Mampatare, hasta perennizarse en Pampatar, que significa para unos pueblo de la sal, para otros mi casa, mi hogar.

El puerto de Pampatar durante el último cuarto del siglo XVI fue el mayor centro naviero de Venezuela y uno de los centros económicos importantes de América.

Hoy es la capital del Distrito Maneiro del Estado Nueva Esparta, con una población de 7.452 habitantes, según el Censo de 1981. Su centro urbano fue declarado Monumento Histórico Nacional por la Junta Nacional Protectora y Conservadora del Patrimonio Histórico y Artístico de la Nación mediante Resolución N° 9 de fecha 16 de noviembre de 1976.

Pampatar tiene un don especial que apega al visitante. Sus costumbres siguen siendo señoriales como su estirpe que se conserva con orgullo.

Tomamos prestadas las palabras de Efraín Subero para acompañarnos en esta presentación:

“A Pampatar, arriba, por cualquier parte, la conmovida grandeza del llegar. Ensaye a venirse por el Boquerón. O haga como quien viene de la Ciudad. Ya en Los Cerritos, el nombre de Lino Acosta le entregará el pueblo. Véngase caminando, con un pueblo en sus manos, que es la mejor manera de venir, y vivir.”

“...Antes de llegar a Campeare, algo que no se ve lo jala a uno hacia la izquierda. ¡Cómo anda en su quietud el azul que contuvo a Gasparico! ¡Qué mansa es La Salina! ¡Qué insolente es la playa de Guacuco!... Y todo eso es Pampatar.”

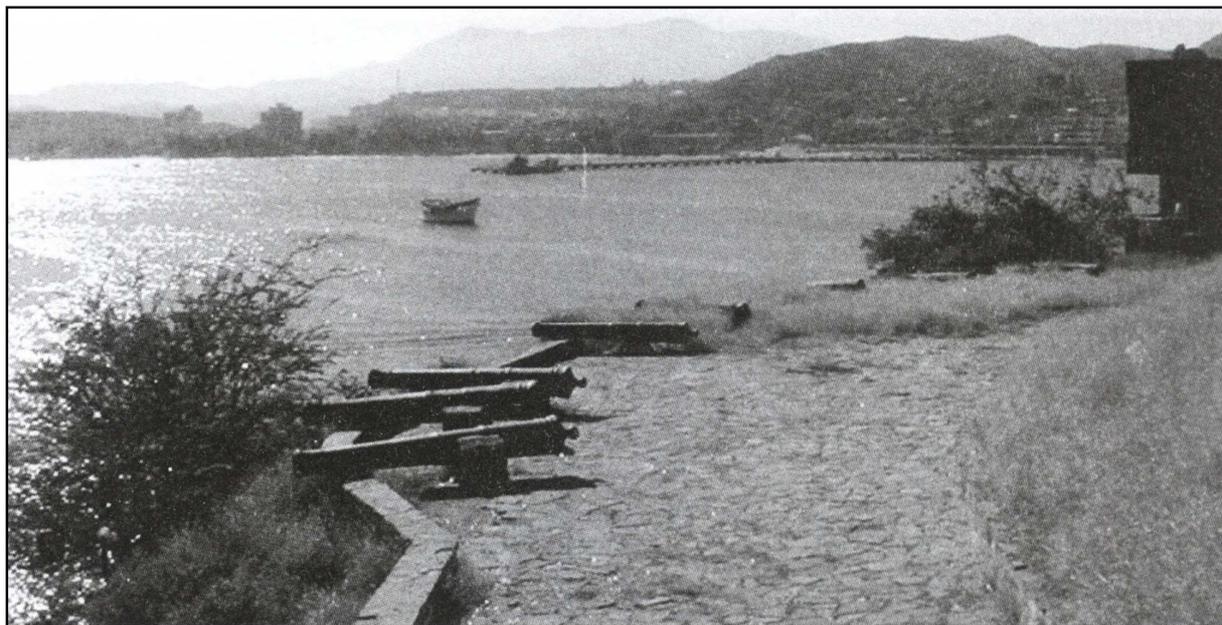
“...Si lo prefiere, véngase por Los Robles... Se puede comenzar por Punta Moreno. O un poco más atrás. Donde un Ángel de piedra reza desde hace siglos...”

“...Puede uno comenzar por El Farallón, el moño musical de la bahía, el coro polifónico del viento. Puede comenzar por El Farallón y venirse despacio, de ola en ola, los remos despertando la memoria del agua...”

“...Puede uno comenzar en El Trocadero, bajo la sombra heroica de las pomalacas, para ir de casa en casa y de abrazo en abrazo... Y ya estamos en Pampatar...” Ahora conoce, afectuosamente, con nosotros, estos sus **Monumentos Históricos.**

Jesús Manuel Subero.
Pampatar, 1987.

EL FORTÍN SANTIAGO DE LA CARANTA



Para el año 1530, a «un tiro de la playa», se había comenzado un fortín en el sitio de Pueblo de la Mar, hoy Porlamar. Martín de Gareca se llamó el que diseñó su planta y levantó gran parte de la construcción. En 1567, los corsarios franceses que infectaban nuestros mares, lo destruyeron.

En 1583, el Gobernador Sarmiento, hijo de Don Juan de Villandrando, Gobernador de la Isla cuando la invasión de Lope de Aguirre y muerto a garrote por éste, hizo levantar el fuerte San Juan en La Asunción.

Las expediciones que venían de España al pasar cerca de Margarita despachaban un patache que venía a Pampatar con la correspondencia y las mercancías que desde la Península se enviaban a Tierra Firme. Desde aquí se repartía, a la vez ese patache recibía lo correspondiente al quinto real y cuanto se

destinaba a España. De ahí la razón por la cual este puerto se veía constantemente atacado por los corsarios holandeses, ingleses y franceses. En vista de ello y por la falta de defensa, por Real Cédula de 1586 se ordenó la construcción de un fuerte en dicho puerto. El Gobernador Sarmiento lo comenzó en La Caranta y lo concluyó el Gobernador Salazar, ya que el desgraciado Gobernador Sarmiento, joven intrépido, había muerto destrozado por una bala de cañón disparada desde un corsario francés.

En 1595, el Gobernador Salazar dotó al fuerte de La Caranta de una batería, dándole el nombre de Santiago. Este fuerte prestó servicios hasta el año de 1626 en que fue destruido por corsarios holandeses al mando de Beduino Enrrico.

El fuerte Santiago de La Caranta no fue reconstruido. A su vez, Vargas Machuca por 1612, hizo construir el Castillo San Bernardo en el mismo lugar donde hoy se levanta el Santa Rosa.

EL CASTILLO SAN CARLOS BORRROMEO



Destruído el fortín Santiago de La Caranta, quedó la isla de Margarita sin fortificación alguna en la costa, expuesta por tanto a los ataques de los naturales y de los corsarios. Es por ello que el Gobernador Don Andrés Rodríguez de Villegas se dirige al Rey en 1623, para informar de cómo se encontraba la Isla de indefensa.

El Rey toma en cuenta la información de Rodríguez Villegas y envía en 1659 al Ingeniero Don Juan Betín a objeto de estudiar las defensas que más convinieran a la Isla. Betín, a quien los historiadores califican de «tacaño», ayudado por el Gobernador Don Juan Marroquí de Monte Hermoso, levantó en

1660 un importante mapa de Margarita y los planos para la construcción del Castillo San Carlos Borromeo. Antes de Betín, en 1635, había venido con igual finalidad a Margarita el también Ingeniero Don Bartolomé de Prenelete.

Por Real Cédula de 1663, se ordenó la construcción del nuevo fuerte de Pampatar, en sitio y condiciones especificadas por el Ingeniero Betín. La fabricación la inicia el Gobernador Don Carlos Navarro, el año 1664. Cinco años más tarde aún está a medio hacer y no ha sido terminado en el año 1672, cuando llegan los primeros dieciséis cañones. Además del Gobernador Carlos Navarro, intervienen en su construcción los gobernadores Mexia de Alarcón y Muñoz de Gadea. «Debió terminarse en 1684», afirma un serio historiador. Es decir, veinte años duró su construcción.

El Castillo San Carlos Borromeo poseía puente levadizo y delante de la Santa Bárbara tenía un calabozo que desapareció en época reciente. Abierto en el flanco izquierdo, aún se puede observar un pequeño orificio abierto en la roca sin permitir que la luz penetre por él, el cual servía para renovar el aire de la Santa Bárbara, que era el más tétrico de los calabozos con que contaba el castillo. Es digno de observar el espesor de los baluartes y terraplenes. Tiene su mismo aljibe y rampa.

Año 1810. Depuestas las autoridades españolas el 4 de mayo, el Castillo San Carlos Borromeo cae en poder de los patriotas.

Año 1812. Al perderse al Primera República, es nombrado Gobernador de Margarita el sanguinario Pascual Martínez, quien hizo preso a Juan Bautista Arismendi y lo encierra en el Castillo San Carlos Borromeo.

Año 1813. En junio se sublevan los margariteños, marchan sobre La Asunción y Pascual Martínez se refugia en el castillo de Pampatar y después de resistir un sitio de tres días, propuso una capitulación por medio de la cual tanto

Arismendi como él, quedarían libres; pero una vez Arismendi en libertad, los patriotas prendieron a Pascual Martínez y lo ajusticiaron.

Año 1814. Después del desastre de Aragua de Barcelona, en agosto de este año, Simón Bolívar y Santiago Mariño se embarcan en los buques de guerra «El Arrogante Guayanés» y «La Culebra» con la intención de reducir al corsario italiano Bianchi, quien se había fugado con el tesoro que el Cabildo Eclesiástico de la Catedral de Caracas había dado para los gastos del ejército. Logrado su arresto, en los islotes de Los Frailes, lo trajeron a Pampatar donde estaba de Jefe del Castillo San Carlos Borromeo el General Manuel Piar, por ser el militar de más alta graduación. Era el día 29 ó 30 de agosto. El bergantín «El Arrogante Guayanés» dio fondo y Piar, aún sabiendo que en él venía el Libertador, ordenó hacerle fuego con los cañones de esta fortaleza, lo que obligó al Capitán Esteves a picar el cabo, izando velas y poniéndose fuera del tiro de cañón de la plaza, con la muerte de dos o tres marineros.

Año 1815. El 7 de abril se presentó la escuadra del Pacificador Don Pablo Morillo frente a Pampatar y el 9 toma posesión del Castillo. Los patriotas se rinden sin resistencia. José Francisco Bermúdez, disgustado, toma una flechera y en ella atraviesa la escuadra enemiga. Un soldado lo ve. Apunta. Y el intrépido Bermúdez, le dice: «¡C... baje ese fusil que soy el General Bermúdez!» El soldado, atónito, baja el fusil y así se salva el General Bermúdez.

Año 1816. En carta del 29 de enero el Brigadier Pardo dice a Moxó: «La mujer de Arismendi ha dado a luz un nuevo monstruo. Esta y otra señora presa he mandado al Gobernador de Pampatar, las envíe a La Guaira, donde deben estar sin comunicación.» Aquí, en la Santa Bárbara, estuvo Luisa Cáceres de Arismendi. El 3 de noviembre, Pardo abandona la Isla para ir a auxiliar a sus adláteres «dejando prendida la mecha de una mina de 14 quintales de pólvora que forman dentro del castillo para que volasen los patriotas que entrasen y se acercasen a él luego que se hubiese conocido la evacuación», pero fue descubierta

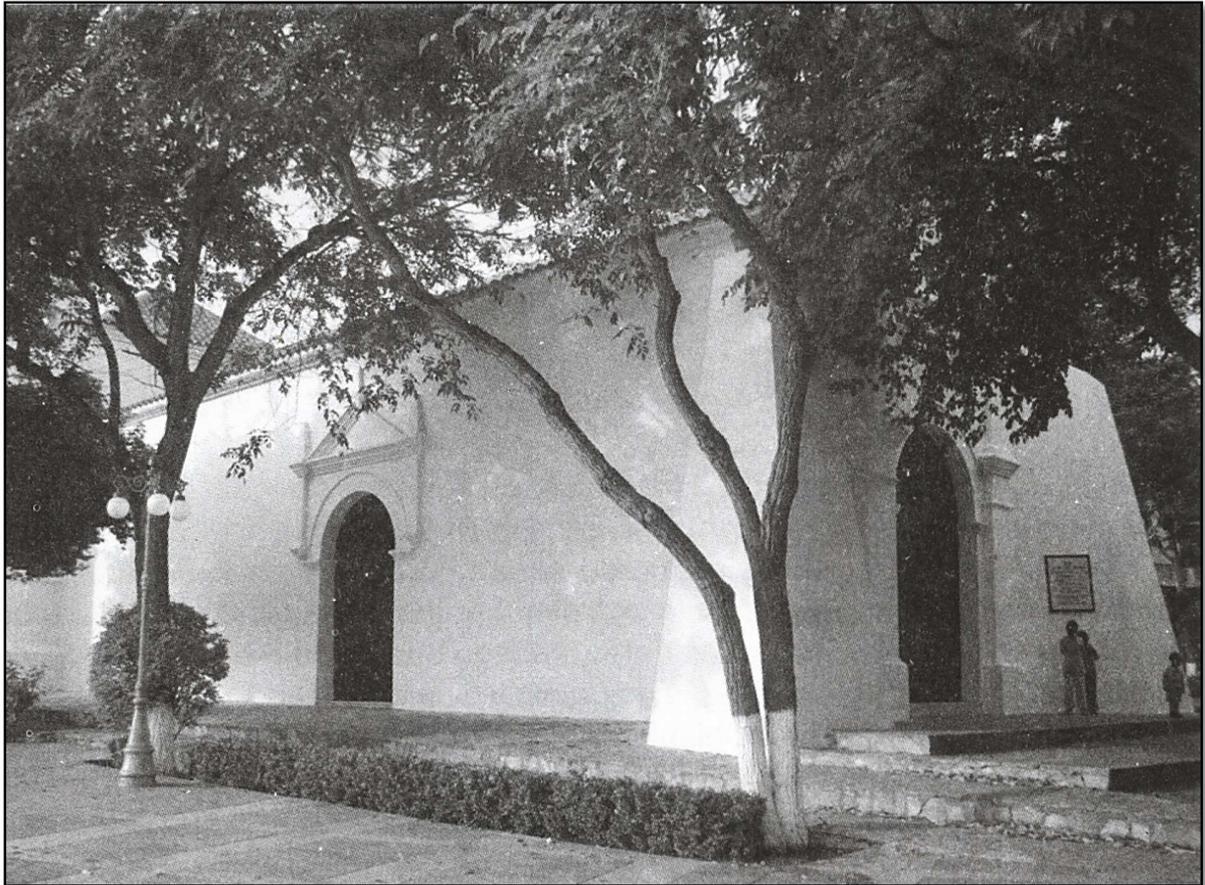
la trama y extinguida la mecha. Según tradición oral fue el patriota insular Juan Carrillo quien apagó la mecha.

Año 1817. Los hombres del Congresillo de Cariaco se trasladaron a Pampatar y aquí en la Casa Amarilla firman importantes documentos. Morillo ocupa a Pampatar y acuerdan el plan de pacificación de la Isla; pero, el 31 de julio es derrotado en la Batalla de Matasiete. El 8 de agosto se libra la Batalla del Fuerte de Juangriego que, desde entonces, quedó destruido. El 10, Morillo abandona a Juangriego. El 11, llega a Pampatar y el 17 se embarcó para Cumaná, quedando desde entonces enarbolada para siempre la bandera tricolor de Venezuela en el Castillo San Carlos Borromeo.

Durante el período republicano el Castillo San Carlos Borromeo ha prestado los más variables servicios: Cuartel del Ejército, de la Infantería de Marina, de la Guardia Nacional, Policial, cárcel, polvorín, almacén aduanero, circo, teatro, salón de exposiciones de arte, sala de conciertos.

En el Castillo nacieron el General José María García Gómez y el poeta Sotillo Picornell y murió el Coronel Lucio Celis Belisario.

LA IGLESIA DEL SANTÍSIMO CRISTO DEL BUEN VIAJE



Las primeras noticias acerca de templos edificados en el Puerto Real de Pampatar, para los oficios del culto divino, durante los años iniciales de la época colonial, las tenemos en las capillas que se levantaron con ese fin en las Casas Reales y en el Castillo San Carlos Borromeo. También hay que recordar al Gobernador de la Isla, Don Blas de Castro, quien hizo construir una Casa de Aduana con su respectiva Capilla.

Pero la actual Iglesia, donde se le tributa cotidiana veneración al Santísimo Cristo del Buen Viaje, se debe al interés puesto de manifiesto por el Gobernador de Margarita Don José Longart y Cobián, quien habida cuenta que la población de Pampatar había aumentado considerablemente, siendo insuficiente la Capilla existente en el Castillo San Carlos Borromeo para recibir tan crecida cantidad de fieles, ordenó su construcción. Por otra parte, la distancia que media de este puerto a La Asunción, impedía a los devotos cumplir con sus deberes espirituales. La iglesia de Pampatar ha debido estar concluida a fines del año 1748. Todo el pueblo contribuyó con sus limosnas para la feliz conclusión de esta obra pía.

La Iglesia del Santísimo Cristo del Buen Viaje tiene la particularidad de estar situada de Norte a Sur. Es decir, su puerta principal se abre al Sur. Según la tradición, esta ubicación de la iglesia permitía que los soldados de guardia de prevención pudieran seguir los oficios religiosos sin abandonar su guardia y así cumplir con uno y otro deber.

El encargado de los trabajos del templo lo fue Don Antonio de la Espada, Jefe del Castillo San Carlos Borromeo.

En la iglesia de Pampatar hay, además de la impresionante y bella imagen del Santísimo Cristo del Buen Viaje, un Cuadro de Ánimas, en el cual se lee la inscripción siguiente: «Hizo este retablo el Capitán de Artillería Andrés de Berde. Año 1772.» Según la acreditada opinión del crítico e historiador de arte Don Alfredo Boulton, este retablo fue pintado por Juan Pedro López, abuelo de Don Andrés Bello.

También hay una artística custodia de oro, plata y piedras preciosas que tiene grabada en su base con finos caracteres, la siguiente leyenda: «La mandó a hacer Don Andrés Berde y dio 200 Ps. Fecit Ludovicus. Año 1769. Costo 250 Ps.»

En relación a la erección de la Parroquia Eclesiástica de Pampatar, ocurrida el 8 de octubre de 1758, el Dignísimo Obispo de Puerto Rico, Pedro Martínez de Oneca, erigió el «Beneficio Curado separado de la Parroquialidad de la iglesia de esta ciudad y por si solo con plena potestad, jurisdicción y derecho parroquial en todos los feligreses del expresado pueblo de Pampatar, Valle de Los Robles, territorio llamado Agua de Bacas y Guaiqueríes de Los Cerritos.»... El 13 de octubre de 1758 el Obispo Martínez de Oneca señaló la jurisdicción de la Parroquia de Pampatar. Su primer párroco lo fue el Presbítero Dr. Don Francisco Antonio Vásquez.

EL SEPULCRO



Era el año 1912. Hasta ese año la Semana Santa se conmemoraba en Pampatar con algunos solemnes actos litúrgicos. No había imágenes para los Pasos. Faltaba el Nazareno para la procesión del Miércoles Santo. El Sepulcro, para la del Viernes. La permanente preocupación del Dr. Salvador Villalba Gutiérrez lo llevó a encomendar al artista Cándido Cabré el confeccionar una imagen de Jesús yacente. A su vez, el viejo Jóvito Villalba concibió la urna funeraria. La obra de mano se le encomendó al fino ebanista local Amalio Pérez. El propio Jóvito Villalba talló a navaja las barandas y los adornos en alto relieve que la ornan. Para el Viernes Santo de 1912 la fina y acabada obra de delicada

artesanía estaba terminada hasta en sus más pequeños detalles. Pero, la imagen encomendada a Cándido Cabré a un costo de sesenta y cinco pesos, no llegó para el día señalado. La procesión se efectuó en ese Viernes Santo con un Cristo prestado por la familia Morao de Porlamar. El General Ascanio Galavís mandó el pelotón de soldados uniformados de gala, que le sirvió de guardia de honor al fúnebre cortejo. La imagen obra de Cándido Cabré llegó a Pampatar para el Domingo de Pascua, cuando fue bendecida y se colocó en la artística caja funeraria. La efigie sufrió una fractura en el cuello, debido a que el material de fabricación no había fraguado debidamente. Así se ha conservado a lo largo de setenta y cinco años.

Ante la noticia de que se piensa adquirir un nuevo Sepulcro que sustituya a la vieja obra de artistas y artesanos nuestros, como lo fueron Jóvito Villalba, Amalio Pérez y Cándido Cabré, nos duele que otro pedazo de lo que forma la tradición y la historia de nuestro pueblo se pierda por un prurito renovador. Por una imposición de cosa nueva que nada dice al sentimiento. Que nada expresa al corazón. Que tiene el valor de la roca reciente. Distinta de aquellas a quienes el tiempo le ha prestado su pátina inimitable, insustituible.

Da la impresión que nos quisieran hacer creer que las tradiciones son inútiles. Miguel Acosta Saignes, adolorido ante esta realidad y como clarinada de alerta, nos dice: «Que se mantienen tradiciones relativas a la conquista, a la independencia, se han conservado leyendas nacidas de las realidades nacionales o regionales. Pero todo eso tiende a desaparecer, no sustituido por una inevitable y normal dinámica de todas las culturas, sino por productos concebidos especialmente para destruir los valores tradicionales que reafirman la nacionalidad. El individuo amnésico es un inútil para la sociedad. Quien todo lo ha olvidado y nada puede recordar, nace, como si dijéramos, cada minuto. Deberá ser guiado, sometido a toda clase de solicitudes para vegetar. Le falta el recuerdo coordinador de sus experiencias, el hilo creador de la personalidad, el sentimiento de continuidad y, por consiguiente, de afirmación en el espacio y el tiempo. Ocurre lo mismo con un pueblo sin tradiciones. Buscará a cada paso

orientarse por signos actuales; deberá ser guiado, como el amnésico; carecerá del sentido de la historia en común, de la base de los sentimientos nacionales.»

Añade el autor citado que «la desorganización de la personalidad colectiva obedece a directivas bien concretas (...) Como hemos advertido, puede que muchos e incluso la mayoría de quienes trabajan en forma inmediata en estas labores, ignoren el resultado social, pero no es menos cierto la existencia de un grupo de responsables cabalmente conscientes de sus propósitos.» «Las mentes colonizadoras, agrega, repudian todo acercamiento al pueblo, todo estudio que nos revele raíces nacionales.»

Por su parte, el recordado Miguel Cardona, escribía: «Según nuestro criterio, la esencia de Venezuela se encuentra principalmente en las tradiciones populares, que caracterizan su personalidad. Sin ellas, el pueblo venezolano dejaría de tener características propias (que constituyen su valor moral) para convertirse en un conglomerado humano, solamente valorable en cifras. Nos parece urgente contrarrestar la corriente que nos lleva al abismo donde conduce la carencia de personalidad de quienes actúan como autómatas movidos por toda clase de influencias extrañas.»

El aborigen, deslumbrado por avalorios, entregó sus perlas, su oro, su tierra, su agua, su libertad, su sangre, su alma. Mestizado, reconquistó sus valores. Hoy pretenden despojarnos de cuanto conforma nuestra característica particular de pueblo. Es la nueva conquista. El nuevo coloniaje.

Lo hemos escrito antes: «La vieja casona de la Aduana pronto se derrumbará por indiferencia. Ya sucedió con su vecina inmediata «La Casa Nueva», donde nació Manuel Plácido Maneiro, el signatario del Acta de la Independencia por la Provincia de Margarita. Otro tanto, con «La Casa Amarilla», asiento de los poderes de la República el año 1817, que por un prurito de innovación utilitaria perdió hasta el color que históricamente la nominara.» El Cañón de Burro Negro enmudeció su bronca voz. El de La Esperanza es pieza de

museo. Las campanas no llaman a la bendición de la tarde. Se ha hecho indescifrable su lenguaje. Las diversiones pascuales ya no ponen su nota festiva por las calles. Las misas de aguinaldo no despiertan con el canto del gallo, ni se alumbran con «el lucero guardián de la mañana». Ya el puerto no se engalana con raudas piraguas. Ahora le toca el turno al Sepulcro. Después la Iglesia será pequeña para albergar el púlpito. Luego desaparecerá la procesión del Santísimo Cristo del Buen Viaje.

Opinamos que si el Sepulcro de Pampatar requiere una restauración debe hacerse y pronto. En Margarita contamos con artesanos como Rosaura Franco y tallistas de la calidad y competencia de los Profesores José Gómez y Jesús Berencibar, quienes sin quitar a esa joya artística ni su delicada belleza impresionante ni su imponencia señorial, ni la expresión armoniosa de sus formas, ni el afecto que ha conquistado con el tiempo, perdurará porque debe conservarse como parte integrante que es del patrimonio cultural de nuestro pueblo. Que peritos en la materia informen si se puede o no restaurar el Sepulcro y no precipitarse a asumir actitudes que reclamará el tiempo y la historia.

Desde hace algunos años los jóvenes integrantes de la Asociación Cultural y Deportiva Pampatar, se encargan de dirigir el tránsito y de mantener el orden y la debida compostura durante las procesiones del Sepulcro que se efectúan al mediodía desde su Capilla hasta la Iglesia del Santísimo Cristo del Buen Viaje y por la noche por las principales calles de la población.

LA CASA NUEVA



A través de los tiempos se han conservado aquí en Pampatar los nombres con los cuales el pueblo bautizó ciertas casas. Con sólo nombrarlas basta para localizarlas. Las más de estas casas han desaparecido y ni vestigios quedan de ellas. Unas, nada más que ruinas añorantes, otras le han transformado sus primitivas estructuras. Contadas las que aún desafían la inclemencia del tiempo. Ante sus muros de piedras, sus paredes desvencijadas, su suerte incierta, su destino en mano del mejor postor, bien queda el fragmento pleno de sentimiento y añoranza de Emira Rodríguez para exclamar con ella: «La vida hace esfuerzos

inauditos para dar un sentido a las cosas que mueren y sentimos piedad y amor por las paredes ulceradas con sus muros de piedra y de murciélagos como una fortaleza herida invocando fantasmas con su propia elocuencia.»

Entre los nombres de esas casas antiguas que la tradición ha mantenido en nuestro pueblo, tenemos: La Casa Nueva, La Casa Amarilla, La Casa de Portal, La Chinchá, Morón, El Paraíso, El Trocadero, La Naza, El Clavo, La Cueva del Gato, La Casa Grande, La Casa de Alto, El Pan Grande, La Esperanza, El Guayacán, La Casa del Doctor García, La Isla, La Paloma, La Troja, La Casa Colorada, El Hueco, Los Testigos, La Soledad, La Casa de Ña Leocadia, La Jefatura Vieja, El Catalán, El Caney, El Gato Negro, La Casa de Gallego y La Casa de Ño Morales.

En la presente crónica evocaremos «La Casa Nueva», en la cual juguetea la historia remedando a los duendes retozones. Mar, Castillo, Iglesia, Valle de Polanco, le conforman el marco geográfico donde está ubicada. Sus paredes de bahareque. Su techo cubierto de enmohecidas tejas. Sobresaliente alar de torneados canes. Madera fina de corazón, cortada en buen tiempo, le sirven de pilares, soleras y traviesas. A lo largo de sus dos frentes, triple calzada de lajas, formando otros tantos peldaños, suavizan el desnivel del terreno. Entremos a ella. Tocamos a la puerta. Sombrero en mano. Voz temblorosa. Gente de paz. Se han abierto las puertas. Un zaguán empedrado da entrada a la mansión señorial. Cuatro galerías se observan a primera vista. Un jardín central bien cuidado donde el sol respuntea entre rosas y tulipanes, limeños y claveles, jazmines y malabares, astromelias y palmeras, hizeras y diamelas, cayenas y trinitarias. A mano derecha, el amplio salón de recibo. Su techo de dos aguas. Su piso de ladrillo. Dos ventanas voladas con sus respectivos apoyos. La atención se centra en los imponentes espejos cuerpo entero pertenecientes a la época de María Antonieta. Refiere la leyenda de que les habían sido donados a la familia Maneiro por la República de Venezuela como parte del botín tomado a un galeón enemigo. Majestuosos cuadros de familiares y héroes de nuestra independencia, penden de las paredes. El silencioso recogimiento es obligante. Una mesa

redonda de mármol. Un hermoso florero en el cual lucen flores frescas recién cortadas. Sobrecogidos salimos del recinto. Nuestra vista se dirige al marco superior de la puerta de una de las habitaciones donde cuelga un cuadro que representa a una virgen. ¿Pintado por mano esclava, pintado por algún célebre pintor? Aún no nos explicamos hoy, por qué ayer, cuando apenas recibíamos las primeras lecciones que nos diera misia Lola de Maneiro en La Casa de Portal, cada vez que veíamos ese cuadro despertaba en nosotros un grato placer estético. Nos regocijábamos contemplándolo con el mismo deleite que un conocedor de los secretos del arte pictórico hubiera experimentado. Muy cerca de las habitaciones familiares, el cuartito del escondrijo que supo de armas, de complot, de ocultación, de retozos de niños.

En otra galería de la Casa Nueva la hamaca siempre colgada para solazarse en las horas caniculares o para el grato parloteo entre íntimos amigos. A un lado de esta galería, la puerta de servicio «por donde podían salir casadas las esclavas de la casa». Al otro lado, el espacioso comedor. En días especiales cuando se hacía necesario extender los cabezales de la mesa para agrandar su tamaño, se usaba la rica vajilla de plata ornada con el monograma del Coronel Manuel Plácido Maneiro. Detrás, la cocina con horno y alacena. La amplia despensa siempre colmada de las más variadas viandas. De mantenerla surtida se encargaba el trespuño «El Nautilio» con sus permanentes viajes a la posesión de Chacopata en la Costa Firme: cecinas, chivos en pie, queso de mano, reses, aves de corral, venado y hasta pencas de maguey. Las frutas se traían de la estancia de los dominicos en Paraguachí, que había pasado a manos de la familia por compensación de servicios prestados a la patria.

Al frente de la cocina, el patio, sombreado de tamarindos, de grosellas, de vinagrillos, de ponsigués, de guayabos. Nada extraño tenía encontrar atado en él, un regordete novillo destinado a la ternera que sería obsequiada al pueblo el día de su fiesta patronal o uno de esos días gloriosos en los anales patrios.

En la Casa Nueva nació Manuel Plácido Maneiro, el amigo íntimo del Generalísimo Francisco de Miranda. Maneiro, el que trajo a Margarita la noticia de los sucesos del 19 de abril de 1810. El que logró insurreccionar a la Isla. El que firmó el Acta de la Independencia por la Provincia de Margarita. Sus corredores sintieron los efectos de las travesuras de Joaquín Maneiro a quien el Libertador dió el título de «Vencedor de los tiranos en Cerro de La Vela». Esta Casa supo de los sinsabores del otro Manuel Plácido, el hijo, expulsado a las Antillas por ser patricio insobornable. Se colmó de regocijo al saberlo Gobernador de Margarita en varias oportunidades. Oyó sus conversaciones con Fermín Toro cuando le pedía ejercer su influencia a fin de lograr un colegio para Margarita. Después ido Fermín Toro de la Isla como su Diputado al Congreso Constituyente de 1830, le escribirá: «Te conseguí tu colegio». Esta Casa recibió en dos oportunidades la visita del General Páez. También la del General Cipriano Castro cuando el pueblo alborozado le daba gracias por el primer acueducto que desplazaría a los pozos o jagüeyes.

Día propicio para sacar a relucir la valiosa vajilla del prócer Manuel Plácido Maneiro. En los comienzos del béisbol en Pampatar, una hija de la Casa paseó por ella con su impreciso paso de reina que se ensaya. Vivió las preocupaciones de una incomprendida Leticia Maneiro con sus primigenias inquietudes artístico-literarias, enferma desde entonces de arte y poesía. Con esmero se conservaban en la Casa Nueva una miniatura de un ojo del General Piar en forma de alfiler de oro regalado por el mismo General Piar a doña María Rosario Figuera de Maneiro, así como también condecoraciones y correspondencia original del Libertador y otros héroes de la Independencia.

Las ruinas de La Casa Nueva están hoy invadidas por la maleza. (*)

(*) En el terreno que ocupó la Casa Nueva se construyó la Casa de la Cultura «Manuel Plácido Maneiro». (Nota aclaratoria: Lic. Iván Gómez).

LA CASA AMARRILLA



La Casa Amarilla está situada en Pampatar, frente a la plaza Mariño. Es una hermosa construcción que data desde la época colonial. En su edificación se empleó principalmente piedras provenientes de las canteras del pueblo. El lado que mira al Este tiene aún la piedra al descubierto, como era la usanza de ese tiempo, siendo de una imponentia impresionante.

El zaguán de la Casa Amarilla era de canto rodado de colores blanco y negro.

El 8 de mayo se reunió el Congresillo de Cariaco. Ante la amenaza de la próxima invasión de Morillo, el Congresillo de Cariaco se disolvió. Designó La

Asunción como «Capital Provisional de la República», «por estar más proporcionada en las actuales circunstancias» y por su «fácil y libre comunicación». Clausurado el Congresillo se trasladaron a Margarita tanto el Poder Ejecutivo como el Judicial, los cuales se instalaron en Pampatar no «en una casa cualquiera bautizada con el nombre de Palacio de Gobierno» como peyorativamente afirma Lecuna, sino en hermosa mansión propiedad de la familia Villalba, tradicionalmente conocida como «La Casa Amarilla».

En esta mansión, antes de ser sede del gobierno designado en Cariaco, funcionó la Logia «Corazones Unidos» en la que «a poco de haberle salvado la vida del al futuro Libertador de Colombia en Barcelona», se refugió Mariño. «Los francmasones, sus hermanos, lo acogieron y relevaron de un fin análogo al que le hubiese cabido al vencedor en El Juncal y San Félix». En el Palacio Federal de Pampatar se lanzaron varios acuerdos: uno, dándole el nombre de Nueva Esparta a Margarita de fecha 12 de mayo de 1817 y firmado por los honorables presidentes Cortés, Maíz y Zea; otro, decretando la Ley Marcial; un tercero, sobre el uso de las banderas en los buques de guerra de la República de Venezuela de «siete estrellas azules en campo amarillo en representación de sus siete Provincias y los mercantes sólo la tricolor», otro, concediendo privilegios al comercio de Estados Unidos e Inglaterra y algunas otras medidas de orden interno.

La Casa Amarilla perdió el color que la nominara y tiene cambiada su arquitectura interna, no así la externa que se conserva. (*)

(*) En la actualidad el espacio alberga un taller de artistas plásticos. (Nota aclaratoria: Lic. Iván Gómez).

LA CASA DE LA ADUANA



De acuerdo a las conclusiones a que arriba el doctor Justo Simón Velásquez en su opúsculo **Consideraciones Histórico-Jurídicas Aduanas de Margarita**, publicado en La Asunción en 1963, Ediciones «Proa», desde el año 1830, tanto en el puerto de Pampatar como en el de Juangriego funcionaban aduanas conjuntamente hasta que ambas fueron eliminadas por decreto del 21 de mayo de 1864. Decreto que a su vez fue derogado por otro fechado el 6 de junio de 1865.

Seguirán estas dos aduanas en actividad hasta que por decreto del 22 de diciembre de 1872 se suprima la aduana de Pampatar, la que fue cerrada el 31 de dicho mes y se trasladara a Juangriego. Pero, por decreto del 17 de julio de

1874 se cierra la aduana marítima de Juangriego y a su vez se manda a trasladar a Pampatar. La ley del 26 de abril de 1878 incluye a Pampatar entre los puertos habilitados para el comercio exterior de importación y exportación. Tres años después, por decreto del 31 de enero de 1881, es nuevamente mudada a Juangriego la aduana marítima de Pampatar.

No hemos logrado averiguar si después de 1881 y hasta el año 1905, Pampatar tuvo aduana marítima. Afirma el doctor Justo Simón Velásquez en el folleto citado, que «por decreto del 5 de abril de 1905, se habilitó la Aduana de Pampatar para la importación, exportación y depósito; y en la Isla de Margarita se declaró puerto único, habilitado para el comercio de importación y exportación, el de Pampatar, donde se estableció una aduana dotada con un personal y un resguardo igual al de la aduana de Porlamar que de hecho quedaría clausurada desde que fuese inaugurada aquella (...). De donde se infiere, añade el doctor Justo Simón Velásquez, que Pampatar ha sido en tres oportunidades zona libre para el comercio importador: la primera vez, por decreto del Libertador, del 6 de agosto de 1829; la segunda vez, por decreto del 21 de mayo de 1864, cuyo ejecútese lo estampó el General Juan Crisóstomo Falcón, y la tercera vez, por decreto del 5 de abril de 1905, del general Cipriano Castro».

En relación al imponente edificio que sirvió de sede a la aduana de Pampatar desde el año 1905 hasta noviembre de 1961, sabemos que el mismo no fue construido en la época de La Restauración como afirman, sino mucho antes. Durante ese período se reacondicionó para los fines específicos a los cuales iba a destinarse. Este edificio lo construyó a sus expensas Policarpo Mata Godoy el año 1863 y en parte lo donó el 12 de julio de 1897 a algunos de sus familiares, los que junto con él le dieron en venta a la Nación. El documento traslativo del mencionado inmueble que era «una casa de dos pisos», fue protocolizado el 26 de abril de 1905. El precio de venta fue de 50.000 bolívares. Los vendedores fueron: «Policarpo Mata Godoy, Prisca Maneiro de Mata Godoy, legítima esposa del primero citado y con autorización del mismo, Lorenza Sifontes de Maneiro, viuda de Ignacio Maneiro Sifontes, en su nombre y en representación de sus menores

hijos Manuel Plácido, María del Rosario, Concepción Carmen y Epifanía Maneiro Sifontes, autorizada suficientemente por el Tribunal de Primera Instancia en lo Civil y Mercantil de esta sección oriental del Distrito Federal, Ernesto Domingo Mata Illas con poder de su legítimo hermano doctor Luis Mata Illas y Manuel Plácido Maneiro». El doctor Ramón Báez, hijo, ingeniero, fue el comisionado por el Gobierno Nacional para tramitar esta compra.

Con fecha 7 de junio de 1905, Policarpo Mata Godoy vendió al Gobierno Nacional un solar de su propiedad, sin especificar su superficie, por cuatrocientos bolívares y es el que en la actualidad se encuentra en la parte norte contigua al edificio de la aduana y que le sirve de patio exterior.

Este hermoso edificio que se conoce con el nombre Aduana de Pampatar, fue construido el año 1863. Por muchos años permaneció abandonado y amenazaba con derrumbarse, siendo restaurado por Fondene a un costo de dos millones y medio de bolívares (Bs. 2.500.000,00). La inauguración se llevó a efecto el 31 de julio de 1978. El 7 de agosto de 1979 fue declarado Monumento Nacional. Este hermoso edificio sirve hoy de sede a Fondene. (*)

(*) Actualmente, la sede permanece cerrada sin prestar ningún servicio a la comunidad. (Nota aclaratoria: Lic. Iván Gómez).

ÍNDICE

Motivación/ 3

Introducción/ 4

El Fortín de La Caranta/ 6

El Castillo San Carlos Borromeo/ 8

La Iglesia del Santísimo Cristo del Buen Viaje/ 12

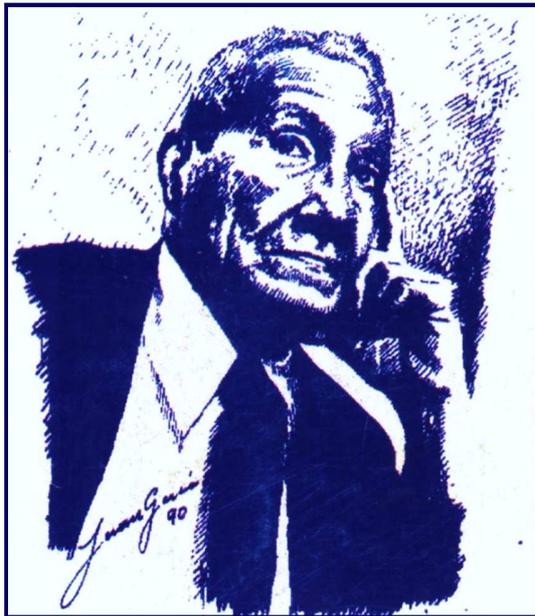
El Sepulcro/ 15

La Casa Nueva/ 19

La Casa Amarilla/ 23

La Casa de la Aduana/ 25

Se terminó de imprimir en los
talleres de Editorial Pontevedra,
C.A. el día 22 de julio de 2009



EL AUTOR

Educador. Historiador. Académico. Nació en Pampatar el 14 de junio de 1922. Hijo de Jesús Subero y Águeda Narváez de Subero. Casado con Ana Petra Martínez. Hijos: Jesús, difunto, e Iracsis. Instrucción primaria en las escuelas “José Joaquín de Olmedo”, Pampatar; “Francisco Esteban Gómez”, La Asunción y “Mariño”, Porlamar. Maestro Normalista con varios cursos de especialización en educación primaria. Maestro de grado de la Escuela Olmedo y Director de ésta. Director del Grupo Escolar “Francisco Esteban Gómez”. Supervisor Escolar en Nueva Esparta y Anzoátegui. Director de Extensión Cultural de la Universidad de Oriente, Núcleo de Nueva Esparta. Corresponsal de agencias noticiosas y columnista de periódicos

de Nueva Esparta y Caracas. Hijo Ilustre del Distrito Maneiro. Investigador y divulgador de la historia de la región insular. Cronista de Nueva Esparta y de la ciudad de Porlamar. Miembro Correspondiente de las Academias Nacionales de la Lengua y de la Historia. Obras: **Historia del Estado Nueva Esparta. Cien años de historia margariteña. El libro de La Asunción. El libro de Coche. El Valle de San Juan. Porlamar, glosa para la historia de una ciudad marina. Matasiete, montaña de la gloria. Contribución a la historia del periodismo margariteño**, entre otras. Falleció en Pampatar el 21 de julio de 2001.

MINISTERIO

DEL PODER POPULAR
PARA LA CULTURA



República Bolivariana de Venezuela
C e n t r o

de la Diversidad
C u l t u r a l

 **Gobierno Bolivariano**
de Venezuela | Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

Venezuela

AHORA ES DE TODOS

CULTURA
Corazón Adelante
MISIÓN
SOCIALISTA

Primera edición:

Subero, Jesús Manuel. *“Monumentos Históricas de Pampatar”*. Porlamar, Artes Gráficas Bema, 1987.

TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.

Transcripción, corrección, diseño y diagramación:

Licdo. Frank Omar Tabasca

frank_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Mayo de 2022